

DIBUJO Y ARQUITECTURA

*Ponente: José María Toledo Escuder
Catedrático de la E.T.S.A. de Sevilla*

Hay ocasiones en que lo último que hay que preguntarse es si lo que se quiere decir va a poder explicarse por entero.

Y ello es que me voy a confesar de una pregunta que vengo haciéndome de varias maneras, y desde hace tanto, que ya no recuerdo si hubo, acaso, una ocasión primera que pudo llamarse tal.

Que nadie se escandalice, viendo a un profesor en el ejercicio de hacer cuestión de la materia que trata, porque nadie, en realidad, como nosotros, conoce la anécdota de lo que hacemos, y con el mayor derecho a reflexionar sobre esto, hay, también, una buena parte de obligación, en tanto perviva el deseo constante de que nada de ellos, entre los dedos, se nos vaya quedando yerto. Si bien las necesidades de los estudiantes son, cada vez, las mismas, no ocurre así en la intimidad de nuestra propia exigencia, y ésto hay que saberlo y medirlo, para que del resultado no se resuelva un mayor abundamiento, sino una afinación del matiz.

Todo es cuestionable, en nuestras piezas gráficas, formadas de tantas partes que al menor movimiento en una de ellas, toda una colección de resultados, nos cambia enteramente el sentido de la declinación.

Es una pregunta principal, que tiene tantas maneras de contestarse y formularse, que llega a no dejar enteramente claro cual es la parte de la respuesta que está implícita en la cuestión, ni cuanto, de la pregunta, incluye parte de la respuesta.

¿Estamos seguros de que el dibujo que se hace en las escuelas de arquitectura es el que más conviene a la arquitectura de las escuelas?

Nada propicia, aquí, ninguna forma de reciclaje, y poco sabemos cuanto queda, de lo aprendido al principio, cuando tanto de ello se ha olvidado, después, y los intereses parecen otros.

Yo sospecho que la intriga de ésta cuestión de entidad, emerge continuamente en las formas de proceder de muchos de nosotros.

Cuando menos existe, creemos, en cada uno, cierta clase de inquietud, que todo lo desmonta, lo analiza, lo sintetiza de nuevo y lo vuelve a acomodar de otra manera.

Cien veces cien hemos allanado el campo de lo pensable, y sobre una línea de base, hemos optado por un sistema tras otro. Se han puesto, con empeño, en escena, secuencias de las más variadas estirpes. Hemos recogido del estrato de las técnicas del dibujo arquitectónico todo lo que allí hubiera de útil. Lo hemos aderezado con las incidencias de muchas advocaciones creativas, unas sensibles, otras compositivas, y aún aquellas que han tenido que hacer sus propias transgresiones hacia la invención.

Ante la exigencia siempre exigua del tiempo, hemos recurrido a la metáfora y a la paradoja, para poder hacer una explayación compungida hasta el extracto.

Ahora hacemos muchas axonometrías y en general hacemos representaciones en toda ocasión, poniendo en cada caso el acento donde hemos ido pensando que sería más útil después. Hemos tratado mucho sobre las adivinaciones, ante el fenómeno de los cambios de tiempos, y hemos querido encontrar el invariante útil para todo momento, porque la nuestra es una materia de principio, y los principios de ella, tendrán que seguir siendo útiles en toda circunstancia posterior.

Nuestra continua investigación se ha sumido en el establecimiento de métodos mejores para la pedagogía y los problemas mecánicos, dentro de todas las posibles secuencias que ofrece nuestra línea programática, que siempre se expone como un plano simultáneo de referencia, que se aplica en presencia, y se acentúa gradualmente.

No es pequeña la obra en la que estamos empeñados para determinar, en cada ocasión, el método, el sistema, el repertorio, expresivo, gráfico, que ha de acompañar a la gran obra cultural generada por los agentes más activos de la humanidad que hacen la gerencia de los establecimientos de acotación en las manifestaciones concretas del campo abstracto.

Partimos de una idea del dibujo que es genérica, como comprensión abstracta que hemos de llevar al ejercicio. Manejamos una idealidad creada en torno a que todo es representable en determinadas condiciones, sobre la base de que todo es dibujable.

Siempre hay línea, traza, punto, masas de puntos, mancha, conjunto de mancha y elementos, todos, bastantes para alumbrar tantos aspectos claros y oscuros, que están en los fenómenos gráficos. Siempre se trata de una cuestión de meditación que atiende a un asunto que hay que expresar.

Del dibujo, de la representación teórica como fenómeno intelectual no estilístico, hay que ir a una realización, una elección singular en donde la manera interviene con carácter fundamental. Sin la manera, el gesto expresivo queda privado del cauce esencial para ser adquirido, comprendido, reconocido y asumido.

Siempre se trata de una cuestión de índole sensible. Tiene que haber un sentimiento ante lo externo y lo interno en quien representa, y esta manera de sentir hace ver que algo está continuamente cambiando.

Y este panorama, en el que todo se nos mueve, hace que nos preguntemos sobre lo que realmente ocurre con lo que estamos continuamente operando. Adoptando aquella postura inquisitiva, algo lejana, con la que Dura-

dero observaba su propia actitud ante estos fenómenos de su interés, hay que decir como él... "lo que me gustaba hace once años no me gusta ahora"... y asombrarse de lo que una frase tan sencilla puede significar.

Todo lo hemos querido tener, para nosotros, en un terreno de esquisitez accesible, de hallazgo y manejo formal, de encanto, de sorpresa. En la región donde las cosas que no existen, si se hacen, nacen, y lo que antes no estaba, luego vive. Es un lugar de entusiasmo por este fenómeno de la aparición. Es un sitio donde todo discurre en el silencio y hacia la quietud que precede al estallido de la expresión.

Pero la necesidad inmediata de dotar de habilidad a un crecido número de alumnos ha convertido nuestro oficio en una tarea de brega.

Con nuestro pensamiento puesto en las más sensibles cuestiones de movimiento, acción y gesto, ante el devenir de las actualidades, razón de lo que más se parece a lo *indecible*, tenemos que arbitrar modos para hacernos útiles en tarea que mejor tendría que haber sido encomendada a la madre naturaleza, dueña de las perfecciones y de los tiempos.

Y como la personalidad propia de quien expone sobre estos temas no puede, ni debe, inhibirse y despersonalizarse hasta el punto de intentar transitar sobre una línea aséptica que pueda asegurar una simple utilidad para alguna ocasión concreta, hay que hacer precisamente lo contrario: la incitación a la acción personal, con todo el alcance real del valor que tanto importa al carácter, en el contagio de los entusiasmos. Con ello queda siempre abierta una senda para la crítica o la autocrítica que no sabemos si queremos o podemos evitar, porque actuamos siempre con grandes equipos.

Los miembros de un equipo deben actuar sobre un crédito de autoridad y con la mayor libertad, porque por esta vía vendrán a emplear lo mejor de sus cualidades. No puede tener el menor interés un grupo docente recortado en forma de seto, marcando el paso.

De ello, entre tantas cosas, hay que explicar a los estudiantes porque esto tiene que ser así, y que la aparente *diversidad*, no es *disparidad*, sino *variedad*, y que esta variedad es *beneficiosa*, porque un curso tampoco es un compuesto de departamentos estancos, y cualquier filtración horizontal no hará otra cosa que *ampliar* los panoramas y *enriquecer* el campo.

En realidad, a los estudiantes hay que decirles muchas cosas como cuestiones previas y hablarles en cualquier momento de todo lo que pueda interesarles, sin caer en la dispersión ni en la discusión sobre lo que, por dudoso, puede todavía ser incierto y mejorable.

Comenzamos por el más primero de los principios, haciendo ver a los estudiantes como, y en cuanto, la enseñanza va a ser diferente de la antes recibida y en que modo va a efectar a la organización de *su* propio mundo. Hacemos énfasis en la asunción de su propia *responsabilidad*, que en buena parte va a ser asunto nuevo, y antes de adentrarnos entre los árboles del bosque cotidiano, tratamos de hacer ver de que trata nuestra materia, y apelamos a una cierta nueva forma de encarar las cosas, que tendrá que ser la línea rectora de su tránsito por esta escuela. Señalamos la imagen de la *esperanza* por encima de todas las cosas, la de algo dejar mejor que estaba, la de un mundo mejor, para sus hijos y sus nietos, que la que tuvieron nuestros padres y nuestros abuelos, sin señalarlo como cuestión de años o lustros, sino como tendencia, que nos hace creer que el progreso existe, en lo que discurre sobre la esencia, casi intemporal, de las vivencias del hombre.

Si los modos, por alguna circunstancia, no fuesen los más esperanzadores, recordamos que momentos negros, dentro de la historia de la humanidad, parece que lo fueron todos, bien para los unos o para los otros, de manera que así parece que el hombre está siempre esperando algo, y esta buena o mala *esperanza* es claramente algo más que la desesperanza, y bajo ese aspecto, empezamos cada vez de *enhorabuena*, año tras año.

Desde la iniciación se acercan todas las intenciones a la idea básica de que esta es una opción *vocacional*, que requiere un entendimiento claro de que a ella nadie puede acercarse por *azar*. Que es necesaria una *intuición* de lo que en adelante tendrá que ser corregido, mejorado, pensando, hallado, propuesto y desarrollado, en virtud de una previa *vibración* ante los entornos del alrededor presente, que nos hablan de lo que *fué* y de lo que *es* la arquitectura, sugiriendo lo que *deberá ser*, y que en todo ello está involucrada la vocación, las condiciones innatas y la ilusión por el desarrollo de una *propia personalidad*.

Incitamos a la reflexión sobre las condiciones que requiere el reconocimiento de esta vocación, *salvedad* de *base*, ayuda principal en el paso por esta escuela, donde nunca se hallarán, a pesar de todo, momentos límite, o situaciones tan ásperas, como las que aparecen en el ejercicio cotidiano de la propia profesión, aún si todo va muy bien.

Se hace mención al carácter de *prosecución* que debe haber en todo lo que aquí se hace, aunque se presente como una colección de conocimientos, parcelas asignadas, asignaturas, disciplinas, que en su propio nombre ya indican que en algo van a disciplinarnos, aunque no se trata de un simple elenco de materias por las que transitar hasta un incierto día, anónimo, en que entre las enredaderas de un leve trasunto burocrático, se estampille sobre cada espalda la marca indeseable de una *titulación oficial*. No hay en estos estudios, ni en ningún otro, un día ceremonial de milagro que opere ninguna *transfiguración*. Habrá un momento en que se adquirirán responsabilidades *civiles* y *penales* y otras mayores *culturales* en relación con la actuación pública profesional pero, o bien *antes*, o tal vez del todo *nunca*, quizá desde antes de su primer día aquí, cada uno deberá saber si trae en su palma el *germen* que requiere su propia conformación como *arquitecto*, que precisa de un conocimiento innato, una propensión para el ejercicio de una actividad *apasionante* y *exigente*, que trata de una *cualidad sin pala-*

bra y del desarrollo de una *aptitud*, previa a la consabida *aptitud*, que conforma una suerte de hacer esta *profesión*, que no puede dejar de *profesarse enteramente de por vida*.

Se acentúan estos principios *cualitativos*, porque toda clase de experiencias nos dictan que por ahí aparecen todas las dificultades *iniciales y finales*. Se minimiza el aspecto problemático de las *técnicas*, porque éstas no determinan nada en relación con las concepciones y la operación *creativa* arquitectónica *inteligente* está en otra parte.

Tratamos de lo que entendemos por *escuela arquitectónica*, como *propósito* común de muchas voluntades, que tendrá que mostrar su *singularidad* por la forma de su *peculiaridad*, en *nuevo* y en *mejor* de sus inquietudes *culturales*, a través de una *manifestación expresa* de la *creatividad* retórica formal de la *arquitectura*, de modo que dicha de una, otra, o mil maneras podamos percibir el hito del hallazgo de una vía de *estilo*, como recinto donde la *voz* emitida pueda hallar *eco* devuelto, tronco directriz de todos los *hijos* de un extraño árbol, cuyos diferentes frutos, siendo de la misma naturaleza, pertenezcan a una sola *familia* en la que el parentesco de sus *individualidades* permita que, *entendiendo* por igual sobre lo mismo y *haciendo* análogamente sobre lo mismo, todo se haga una y otra vez en forma *distinta*, enriquecedora de un *mismo lenguaje* arquitectónico, que iluminando campos y creando fórmulas antes no dichas, sea línea portadora de idearios expresivos *válidos*, transmisibles y asumibles en lo que haya de ser el *período de vigencia* del pensamiento de toda una *generación*.

Así ocurrirá que, como en tantas ocasiones, pasadas y venideras, la voz pueda hablar con la fuerza arrolladora que las cosas tienen cuando son dichas, de nuevo, por *primera vez*, trayendo una luz nueva y distinta, para que así se alumbre y cumpla lo que es forma natural de sucesión en las etapas de los *esplendores*.

Cuando mencionamos la *expresión gráfica*, en nuestro caso nos referimos a los *procedimientos* y lo hacemos como asunto de *adecuación* dentro de la *variedad* y la *extensión* que conforma el entramado expresivo de nuestros actos arquitectónicos, que son esencialmente *gráficos*, tanto en su *concepción creativa*, como en su *descripción* física, guión completo de un programa de instrucción real operativa en relación con la consecución de un fenómeno *realizado y percibirle*, que es de la rama del *gesto*, aunque en la enseñanza deba tratarse como una cuestión que tiene aspectos "*per se*", de índole íntimamente propia, *formativa e informativa*, que en buena parte conforman el *peculiar* estilo de nuestra acción.

Se advierte, como *procedimiento*, toda cuestión que trata de las formas de cómo hacer algo, señalando que ese algo pertenece a un mundo de ideas que está continuamente deviniendo y cambiando, y que este ámbito es el de *qué* cosas expresar y *como* hacerlo. En el proceso de tratamiento de los *datos* aportados, se generan muchos otros implícitos, añadidos por cuestión de cohesión o sugeridos por la propia intuición de la *creatividad*, y aún después de propuesta la *respuesta* y constatada su validez, un nuevo proceso referido a los propios actos de *ejecución*, aporta nuevos aspectos de la adecuación al fin *comunicativo y resolutivo* de la *expresión*, que habrá de plasmarse en un gesto que deberá ser comprendido por otros, unos *otros* que deberán ser *muchos*, porque cuantos más sean estos mejor habrá sido la *voz gráfica* con la que hemos dicho.

Nos encontramos con que hemos de manejar una cantidad humana que es mucha y muy diversa, pero que, bajo un cierto aspecto, nos trae una secuela común. Hasta el momento ha sido enseñada y examinada de mil formas, y hay que aclarar que para nosotros la lección magistral y la constatación de una aprehensión sólo momentánea es algo escasamente operativo a nuestros fines, que son cuestiones de "*acción gráfica*", que por medio de los "procedimientos de expresión arquitectónica", no literales, plantean, ya desde el primer día, la disyuntiva superior de *captación y transmisión* en un campo para muchos nuevo, donde lo primero que hay que decir es que se empieza a aprender algo que nunca terminará de conocerse y que además, *en rigor*, no puede ser "enseñado".

Bajo este aspecto, la imagen del *profesor* conocido cambia de signo. Tiene que transmitir las capacidades para descubrir y manejar los términos precisos de un problema, la capacidad de *crítica y decisión* en la búsqueda de *resultados*: la relación entre el hecho final de la respuesta y el proceso mental que lo genera.

También cambia la imagen del *alumno*, que pasa a ser *agente activo* de su propia *formación*, con una dificultad añadida, referida a las artes creativas que, en el terreno gráfico, acceden a la Universidad tardíamente, conceptualmente, y dificultadas por problemas de método, academia y adaptación temperamental.

Si bien lo que tenemos que hacer es algo que parece *difícil*, porque se encuentra en período de *formación y configuración en todo momento*, por otro lado, también es algo que nada tiene de extraño, porque está *abí, aquí, se hace y vive, existe y sirve*, y estamos asistiendo al rito del fenómeno de sus vigencias y pervivencias. Siempre hay que estar haciendo mención a la *vocación* y a las *condiciones*, cualidad previa ante una cierta clase de *invalidez* en el desarrollo de sistemas de síntesis gráfica *válida*, donde se trata del entendimiento del mundo espacial y su manejo gráfico.

Un mundo que hay que insistir en que es asequible, pero *no léxico*, cuyas dimensiones no son menos de tres, donde los problemas *disléxicos* no plantean inconvenientes serios, y sí en cambio, y graves, los pocos formulados problemas *disgráficos*.

Las cuestiones gráficas han quedado obviadas dentro de la cotidianeidad, y en consecuencia, para muchos no constituyen nada dentro del mundo del estudio. La *contemplación* no pasa a su *observación* estudiosa, y hemos de asumir la evidencia de que para una gran parte del género humano, un área de la inteligencia ha quedado vedada, al *creer no saber*, ante la imagen, como explicitar lo muy conocido. Aún sin creer, personalmente, en esta clase de básica incapacidad, los hechos se encargan de demostrar que existe un gran número de personas que declaran "no saber dibujar" y se dedican a tareas que no requieren el ejercicio natural de esta posibilidad, demasiado lejana de sus aficiones particulares.

Pero muchas de ellas se matriculan en las escuelas de arquitectura y habría que hacer muchas consideraciones a este respecto.

Hay que decir que nuestra materia no tiene grandes textos que estudiar, pero presenta, en cambio, un gran contexto, donde hay mucho que hacer porque se trata del comienzo de un sin fin, y esto es lo urgente. Hay un sin fin de cuestiones donde a su vez, cada una, discurre por una trayectoria sin fin, y en ello está el origen de la existencia de tantas *asignaturas abiertas*, tan propias de nuestros *particulares* estudios donde, aunque sepamos que todo puede proseguirse, lo que hemos podido hacer hasta *aquí*, concluye *ahí* y tiene que ser *bastante*.

En los procedimientos de expresión tenemos que aclarar que aunque hay muchas maneras de entender lo que se nombra, lo principal está referido sólo a cuestiones de *formación* más importante siempre que la inconstante, siempre caduca, a cada momento anticuada, *información*.

Se trata de dar los principios de un lenguaje capaz de proveer las capacidades para encontrar *nuevos métodos* para hallar otros *propios* y *útiles* procedimientos.

También hay que hacer mención a la necesidad de aliento, que todos conocemos, y que al señalar las faltas en el aprendizaje, no es fácil incluir con su justo acento, para cuando acuda el desaliento. En esta situación intentamos hacer ver el *desaliento* como el momento que precede al *aliento* en todo sistema de respiración.

Sobre el cometido del arquitecto, señalamos su función de dar respuesta y ofrecer solución, en lo referente a su papel como coordinador de técnicos, dentro de un conjunto pluridisciplinar, en relación con las exigencias que requiere el *equipo* como forma de acción. Pero es preciso no olvidar que muchos aspectos deben ser abordados en forma *individual* recordando la similitud del grafismo personal como gesto irrepetible: la caligrafía personal, a la que sólo sustituye la huella digital.

Tenemos un grafismo que físicamente nos *define* y nos *dirige*, que nos expresa sin intervención de la propia mente y que se encuentra en íntima relación con nuestras demostraciones en las expresiones gráficas.

Presentamos, pues, el diseño arquitectónico como algo lleno de *normas*, que tras tantos intentos de explicitación permanece aún en la región de los *misterios* y, hablamos mejor, de un campo sin puertas, eternamente explorado, constantemente reinventado, siempre sin fin, donde, incluso en la enseñanza, pocas cosas damos como establecidas, porque tenemos que promover el ensayo en campos nuevos o entevistos.

Hay una constante necesidad de ampliar los medios que la *técnica* necesita para dictar sus instrucciones gráficas y aún otra mayor en relación con la *cultura* y sus manifestaciones.

Preferimos pensar que, en lo que hacemos, lo más perdurable se parece más a una alerta permanente de *búsqueda*, atenta a la *risueña* sorpresa de los *encuentros*.

Porque si la obligación de los músicos es inventar la música, no es menor, para los arquitectos, la obligación de inventar la arquitectura:

- Antes de hacer mención de su *escritura*, ha sido preciso haber *oído* la música y haberla *sentido*.
- Antes de hablar de su *dibujo*, habrá sido preciso haber *visto* la imagen y haberla *sentido*.

Nos recreamos en esta apasionante intriga, constante expectación en la mente de todo espíritu creador:

- En el teclado *negro* y *blanco* de un órgano se encuentra el esquema de toda la música pasada y futura.
- En el juego de un lápiz *negro* sobre un papel *blanco* se encuentra todo lo que aún está por ver.

Y ahí está todo, sin duda, objeto mudo, revelador inmediato, cualquiera que sea la mano que con la obligación osadía, con el gesto de *alzar* la pregunta, venga a *dar* en hallar la solución.

Queremos, pues, ir al *fondo* de las cuestiones de *forma*, aunque no encontramos, a menudo, que la forma de ese fondo, confunde los fondos y las formas, y que todo ello está lleno de esbozos de teoría donde todo es contradicción e intolerancia, intransigencia y cambio.

Nunca el verdadero maestro que ejerce sobre una materia en constante crítica, acierta a decirnos como procede, y aún cuando así fuese, vemos que esta manifestación, cuando la hay, es diferente en todos, y generalmente pobre, al lado de sus obras y la vida de sus hechos.

Pero en las formas se trata de algo que nos envuelve en todo momento, dispuesto a dejarse criticar, repensar, corregir, recrear, proseguir. No es un asunto *aparte*, que se *penetra* y se *explora*. Tanto como nos es imposible encontrar algo *carente* de arquitectura en los modos de expresión humana, nos es difícil pensar en una arquitectura *informe*, no dibujable. No obstante, el *dibujo*, que está presente en la *arquitectura*, requiere a su vez de la *arquitectura*, como todo acto *expresivo*. No cabe, pues, hablar de manifestaciones abstractas: todo son formas concretas de cuestiones abstractas. Por tanto, en toda cuestión de *concreción gráfica* de conformaciones abstractas, está siempre el germen del *gesto* proyectual. Estamos haciendo desde el principio el *recorrido* entero que requiere el *acto intelectual* del *proyecto* arquitectónico.

Pero es preciso evitar la magnificación de éste gesto. En el acto de lo que puede llamarse "trayectorias y cálculos en el hecho de dar con una piedra a algo" tenemos el ejemplo de la mayor desmitificación que pueda descarse. La explicitación de este acto tan complejo pertenece a la raza de las cuestiones ingentes. Requiere tecnologías de punta que para el género común de las gentes siempre será el imposible... *que se hace*; con un poco de práctica, alguien se inclina, toma una piedra y da con ella en algo. Estamos ante el *fácil* camino de los gestos *imposibles*. Y esta es la vía que queremos inducir, porque todos sabemos que usamos mal nuestra gran desconocida: *la mente*.

Es preciso utilizar con el debido derroche el complejo manejo de datos que la mente pone a nuestras posibilidades de evocación, evitando el despilfarro que supone el lujo del escaso uso que se hace de este camino.

Pero luego hay que hacer compatible todo esto con las ingentes limitaciones que la Universidad añade a esta materia, como a tantas otras, en donde todo lo que es despertar y expansión debe ser constreñido a un calendario y un curriculum docente.

Ante los problemas de comprensión espacial no hay ningún juego válido que pueda pretender, mediante sustituciones o significaciones, suplir la noción de la conciencia que dicta el entendimiento *directo* de las verdades.

Y estas certezas deben acompañar con naturalidad el aspecto cambiante de los tiempos. Porque, once años después, de la ideal colección de valores representables, elegimos varios otros, y lo que tanto valía hasta hace poco, deja casi de existir. No nos gustan las mismas cosas después, y aún con todo, no podemos dejar de ver que la *cercanía* con que llegamos a tratar algunos asuntos, nos está conduciendo a un movimiento de tipo *microscópico*.

Tenemos un objeto global que se entiende como entidad general, pero en ciertas condiciones de observación queda sujeto a las más mínimas aberraciones del detalle.

Enfocado en un nuevo plano, aspectos que eran de base, hasta hace no tanto, dejan de verse luego, y aparecen otros, antes no contemplados.

Se capta por primera vez lo que durante un tiempo hemos estado contemplado donde siempre estuvo, atentos, a su trasluz, a un plano de atención ulterior.

Abandonando aquella distancia, puesta en un segundo plano, nos quedamos en otro primero, y con cada movimiento perdemos un área, para pasar a otra.

Sabemos que lo que nos gusta hoy, no nos gustará algún día, porque así ocurre casi con el paso estacional de un año, y esta previa desconfianza puede contraer la demolición de la realidad presente. Lo que nos interesó en otro tiempo, pronto ha pasado a ser viejo, sin llegar a ser antiguo. La nostalgia benevolente con la que se mira lo anterior pone nuestro pensamiento en un *futuro* constante.

El recreo en la contemplación arqueológica de otros tiempos, cuyos fenómenos hay que comprender a través de una puesta en época de la historia, es sólo una vivencia prestada, siempre grata, porque se dirige, a voluntad, a momentos estelares. Pero en el presente, que fluye bajo nuestros pies, tropezamos con todo junto en alubión, y con ello, quedamos supeditados a las posibilidades de comprensión de sus *momentos*, no siempre claros.

¿Distinguimos, en tales condiciones, lo aceptable de lo detestable? ¿Sabemos en qué sentido debe hacerse todo movimiento? ¿Podemos explicitarlo? ¿Estamos haciendo la predicción sobre referencias sólidas? ¿Es acaso la intuición, la que luego se encarga de darnos alguna parte de razón?

Otra vez estamos haciendo referencia a la pregunta inicial.

No iba a ser yo quien pensaba responderla. La espero acaso, de la reflexión de los demás, si alguien tiene a bien hacerla.

Y de nuevo Durerero, en la cúspide de su vida y de su fama, alejado de sus certezas cotidianas, nos recuerda: "no obstante otros vendrán, estoy seguro de ello, que escribirán de estas materias y ejercerán mejor que yo, porque yo conozco el verdadero valor de mis obras y (también) sus faltas. Pluguiera a Dios que yo pudiera ver las obras de los grandes maestros de las generaciones futuras. ¡Cuán a menudo en mis ensueños he percibido grandes obras de arte, y bellísimas cosas, que se han desvanecido al despertar, perdiendo hasta el dulce recuerdo que en mí dejaron!..." (Sic).

¿Qué más podemos decir mejor nosotros? ¿Cual será el destino de nuestros pensamientos futuros?

Daría lo que fuera por poderlo saber.